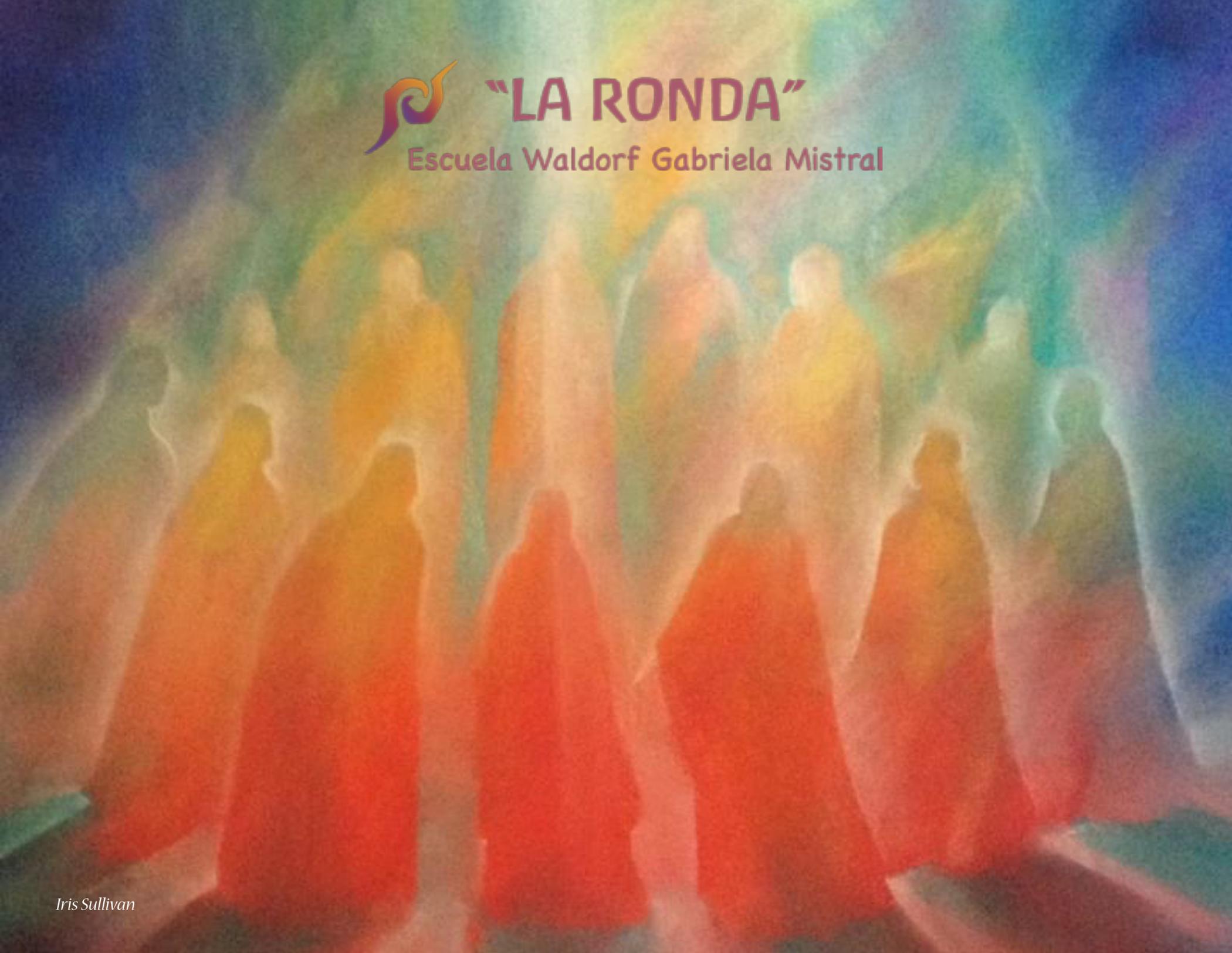




"LA RONDA"

Escuela Waldorf Gabriela Mistral



Pascua Resurrección

Pese a los tiempos de tribulación e incertidumbre, donde todo parece desmoronarse y clamar por una forma nueva, una renovación, en que las fuerzas parecen decaer y la desesperación adueñarse de nuestra vida, se yergue, silenciosa pero contundente, la Festividad de Pascua de Resurrección. Ahí está, renovando la confianza en que todo tiene una continuidad, un ritmo sanador, que nos vuelve a dar una y otra vez la posibilidad de reunir nuestros sentimientos, pensamientos y voluntad con el universo, con aquellos acontecimientos que están regidos por leyes universales y que ocurren repetidamente amén de nuestras circunstancias humanas en la tierra.

La fiesta de la esperanza, de la victoria del bien sobre el mal, de la luz sobre la oscuridad y por sobre todo, de la vida sobre la muerte, que llega en este momento como un desafío individual para cada uno de nosotros, invitándonos a SER las fuerzas triunfantes de la vida y la resurrección, en medio de tanta incertidumbre y muerte.

Esta Pascua de Resurrección nos pide más actividad que nunca y nuestro entorno exige que no esperemos pasivos la llegada de “una nueva estabilidad”, sino que SEAMOS certidumbre, tranquilidad, esperanza en medio del caos.

Para lograrlo hemos de recurrir a nuestro interior pues las fuerzas que llegan desde afuera, visiblemente van en otra dirección. Hemos de encontrar espacios para salir de un conocimiento agitado y mecánico hacia el santuario sagrado de nuestra conciencia contemplativa. Solo en esos espacios será posible encontrar el ritmo sanador y la confianza en que todo tiene una continuidad, tan necesaria para nuestros tiempos.

Facultad de profesores





“Dame Señor la fuerza de las olas del mar,
que hacen de cada retroceso un nuevo
punto de partida”.

Gabriela Mistral

“Venga lo que venga,
sea lo que sea que me traiga la próxima hora,
la próxima mañana, en un principio,
cuando me es totalmente desconocido,
el temor o el miedo no me hará cambiarlo.

Lo espero con la más plena calma interior en mi alma,
con plena serenidad de ánimo.
Quien pueda enfrentarse al futuro con esa serenidad y no
deja sin embargo que su energía,
su poder para actuar se vean afectados por él,
permite que las fuerzas de su alma se desplieguen de
manera más intensa y libre.

Es como si, uno tras otro, los obstáculos fueran
desprendiéndose del alma cuanto más se impregna de esa
disposición de entrega frente a los acontecimientos que
puedan afluir hacia nosotros desde el futuro.

Ni palabras de poder, ni un libre arbitrio surgido de la
nada pueden generar ese sentimiento de total entrega,
más bien es el resultado de la oración, es otra actitud
devocional que mira hacia el futuro, hacia el sabio curso de
los acontecimientos venideros.

Aceptación de lo que llamamos la sabiduría divina:
evocar una y otra vez en nuestro interior el pensamiento, la
sensación, el impulso de la vida afectiva de que lo que nos
haya de sobrevenir ha de ser así, y que de un modo u otro
habrá de tener sus efectos positivos”

De la Conferencia “La esencia de la oración”
Rudolf Steiner

Domingo de Resurrección (Emil Bock)

El Misterio de la Resurrección del cuerpo de Cristo entreteje todos los encuentros de la época de Pascua, desde la aparición de los Ángeles junto al Sepulcro, pasando por la escena Juanina a orillas del Mar de Tiberíades, hasta la experiencia de la Ascensión en lo alto de la montaña. Este Misterio nos lleva más allá de la esfera de la interioridad. El final de los Evangelios nos revela: más allá de la Fiesta de Pascua de Resurrección para el alma, se la vislumbra para la Tierra y el Universo.

En la época de Jesús sucedía que muchas personas se reencontraban con sus difuntos cercanos durante la vida terrena. Aquello que vivieron los discípulos con el Resucitado fue mucho más que esto. La Resurrección es más que la inmortalidad. Si los tres años de vida del Cristo sobre la Tierra tienen como su sentido esencial el Hecho de Su encarnación, en el "hacerse carne de un elevado Ser Divino", es evidente que la Resurrección, la victoria del Cristo sobre la muerte, concierne también a la carne, a la corporalidad física que fue su morada terrestre. ¿Cómo podemos hacernos una idea de la "resurrección de la carne"?

Para todo hombre el proceso de la muerte encierra los misterios de la corporalidad. Morir no es simplemente desprenderse del cuerpo físico como quien se desprende de un vestido. Es cierto que en el momento de la última exhalación el hombre abandona la envoltura perecedera de su ser. En los modos de vida y destino en los que entra ahora, la relación que ha tenido con su cuerpo durante la existencia terrestre continúan dejando su huella, acompañándolo como una sombra. Se oscurece el mundo en el que ahora, paso a paso, se tiene que familiarizar sufriendo al tener que prescindir del cuerpo. Si durante la vida logró ser señor de la materia y modelarla en libertad, resistiendo su seducción, dispondrá también de una claridad luminosa que más allá de la muerte ahuyentará las sombras iluminando la oscuridad.

El poder del espíritu sobre la materia conquistado a lo largo de la vida, no se pierde. Si antes de la muerte el hombre se ha identificado con todo aquello que es realidad pasajera se siente ahora paralizado, prisionero. No dispone de la fuerza luminosa que le permite franquear el abismo oscuro, ni permanecer en comunión con aquellos que en la tierra libran el combate entre la luz y la oscuridad. En la medida en que sobre la tierra poseyó la fuerza libre que sabe arrancar a la materia los secretos del espíritu y encontró en lo pasajero lo eterno, no tendrá temor por el destierro en el otro mundo. A pesar de no vivir más en un cuerpo terrenal, será capaz de irradiar y actuar hasta en el dominio de lo físico, cuando encuentre sobre la tierra almas abiertas a través de las cuales poder obrar. Se puede afirmar que después de la muerte, si bien todas las almas se asemejan por abandonar el cuerpo físico, se diferencian porque en ellas germina como potencialidad una nueva corporalidad.

La Resurrección del Cristo, la victoria sobre la muerte, consistió en que Alguien pudo atravesar el umbral sin que el poder oscuro de la muerte le quitara nada del poder absoluto de la elevada substancia del espíritu. Durante tres años, el Yo Divino del Cristo fue penetrando más y más profundamente su cuerpo terrenal, mostrándose como señor sobre la materia. El fruto de estos tres años fue la transformación de la materia muerta mediante la impregnación plena del espíritu.

Esto explica, a pesar de las apariencias trágicas del drama de la Pasión, la gloria luminosa de la humanidad elevada a lo Divino. En la hora del Gólgota encontramos en Jesús la misma grandeza soberana y victoriosa que se había sentido delante de la tumba de Lázaro, o en el momento de la entrada en Jerusalén y la purificación del Templo. Sobre la cruz, compartiendo el destino de la muerte de la humanidad, ofreció Su Cuerpo en sacrificio. Su poder sobre el cuerpo, la supremacía del espíritu sobre la materia, hizo posible que los discípulos lo percibieran con sus órganos físicos. A pesar de que su cuerpo no se pudiera palpar materialmente, ellos estaban bajo el extraordinario efecto que emanaba de la presencia del Resucitado. La intensidad de la victoria sobre la muerte era tan grande que les abrió la zona fronteriza en la cual lo espiritual puede crear y engendrar, a partir de sí mismo, materia.

La corporeidad del Resucitado que se manifestó a los discípulos era más que una potencialidad. Este Cuerpo de Resurrección del Cristo era una realidad plena, un acontecer creador universal. Nuestras tentativas de aproximarnos al Misterio del Cuerpo real de Resurrección, encuentran sustento en las indicaciones precisas de la Ciencia espiritual actual en lo concerniente a los procesos de devenir y perecer, a los cuales el ser humano está sometido apenas atraviesa el umbral de la muerte.

Después de despojarse del cuerpo físico que vuelve a la tierra, una parte suprasensible del hombre permanece por un tiempo ligado a él. Ella, gracias a su posición de intermediaria entre el cuerpo y el alma, le sirve de puente entre la encarnación terrenal y la morada en el mundo anímico-espiritual. Este es el cuerpo etérico, vital o cuerpo de fuerzas formativas, que es el elemento invisible del organismo humano que modela la forma y vivifica el cuerpo físico. Es el miembro suprasensible inferior del ser humano y el portador de la memoria. En tanto que el cuerpo físico está unido al cuerpo etérico, las imágenes de las experiencias vividas emergen solo en fragmentos a la consciencia. En el momento de la muerte, cuando la envoltura terrenal más densa es abandonada, la memoria se despliega como un imponente cuadro, y el alma humana ve la trama de las imágenes del pasado hacia atrás con una claridad y nitidez impresionante. Esta retrospectiva con la presencia de todas las imágenes de la vida transcurrida dura tres días. Entonces el cuerpo vital, segunda envoltura, se expande hacia el cosmos para integrarse al éter del universo.

Ahora el hombre entra en la esfera donde viven las realidades anímico-espirituales. Aquí comienza para su ser una severa prueba. Es entonces cuando atraviesa plenamente el umbral de la muerte. Sin envoltura ni protección alguna, el alma se ve expuesta a la justicia del Universo; lanzada al abismo inconmensurable de la existencia, experimenta una sensación de ahogo. Sólo pueden allí sostenerla las fuerzas adquiridas durante la vida terrestre, según haya estado ligado al mundo del espíritu. La única luz que le ilumina en la oscuridad será aquella que provenga de su vida interior, de la inclinación que haya tenido hacia el espíritu y lo bueno. Podrá apoyarse sobre lo adquirido personalmente. Tendrá para alumbrarse la luz que ella misma haya conquistado. El que se dejó sojuzgar por las realidades terrenales, se hunde en la inconsciencia e impotencia. Amenaza la muerte del alma, la "segunda muerte". El terrible poder que la muerte ejerce sobre el ser humano se manifiesta plenamente en el momento en que le arrebató al hombre su segunda envoltura.

El pleno poder del espíritu sobre la materia, que como ya dijimos se manifiesta más allá de la muerte, se muestra por el hecho de que el alma, después de haber abandonado el cuerpo físico y el cuerpo etérico, conserva de ellos una "quintaesencia".

En esto se diferencian los seres humanos, cuando hayan cruzado el umbral. Puede ser que, cuando el hombre llega a la otra orilla, una vez atravesada la corriente vital del cuerpo etérico, haya podido beber solo una mísera gota de las aguas del Leteo, “el río del olvido”, cambiando el recuerdo pleno por el gran olvido: entonces las brasas de la región de las pruebas la devoran; o puede ser que su “quintaesencia” es como un cristal luminoso, testimonio de la participación espiritual imperdible adquirida tanto de las fuerzas de vida del cosmos, como también de las fuerzas creadoras que entre el cuerpo físico y el cuerpo etérico tienen el poder de dar nacimiento a una corporeidad nueva.

El poder victorioso que moraba en Cristo sobre la materia y la muerte era tan grande cuando atravesó el sacrificio del Gólgota, que pudo arrebatarse a la muerte la totalidad del cuerpo etérico con el que por tres años vivió sobre la Tierra. Después de tres días de lucha espiritual, Cristo surgió victorioso del sepulcro en la mañana de Pascua. La muerte no pudo confinarlo a la impotencia, sino que Él permaneció presente en la tierra con su cuerpo etérico transmutado en cristal de luz. Esta corporeidad resucitada que apareció a los discípulos era mucho más que un cuerpo etérico.

Por estar impregnado de la “quintaesencia” de su cuerpo físico, conservó su forma, evitando la tendencia cósmica centrífuga y la unificación con el éter del Universo. Llegamos entonces al significado profundo de la palabra “quintaesencia”. Según la concepción antigua, el quinto elemento suprasensible espiritual está más allá de los cuatro elementos y es el que mantiene la cohesión de los cuatro elementos del mundo material, según el principio de la forma. Representa una suerte de “idea-fuerza” de toda forma corporal. Podemos representarnos el cuerpo etérico del Cristo arrebatado a la muerte, gracias a su cualidad bien particular, como desbordante de fuerzas creadoras. No era propiamente un cuerpo físico. Por su fuerza y forma era lo más cercano que podía estar del plano físico en el que se encontraban los discípulos. La corporeidad espiritual del Resucitado podría ser caracterizada como un cuerpo etérico que al igual que un cuerpo físico, vive y actúa sobre la tierra; o como un cuerpo físico elevado al nivel de cuerpo etérico, liberado del poder de la muerte y del perecer. Es evidente que frente al mayor enigma que ha habido sobre la tierra, las palabras y conceptos humanos son apenas torpes tanteos. Pero en la medida que paulatinamente comencemos a entrever la realidad viviente de ese Misterio (la obra de Rudolf Steiner nos da esta posibilidad) encontraremos un punto de apoyo donde nuestro pensar y conocimientos pueden ser elevados.



La Liebre

Érase una vez un campo donde los verdes tallos de maíz se erguían desde la oscura tierra. Un día, se acercó saltando una liebre, con sus dos largas orejas tiesas como dos cucharas. Se puso a roer unos tallos jugosos y luego se sentó mirando a su alrededor para ver si se acercaba alguien. Durante toda la noche estuvo dando vueltas. Al llegar la mañana buscó un lugar donde descansar, escogiendo un sitio junto al sendero del campo.

Antes de echarse a dormir, corrió un poco hacia un lado; luego dio media vuelta y volvió por el mismo camino; pero de repente, dio un gran brinco, se fue saltando un poco más lejos, escarbó la hierba y la tierra, y después se sentó sobre sus patas de atrás poniendo su cabeza entre las delanteras. De esta manera se dispuso a descansar.

Mientras tanto, un perro que se acercaba corriendo por el sendero, al oler a la liebre, empezó a correr de un lado a otro. Como no levantaba su hocico del suelo, el perro no vio los dos ojos negros que se asomaban por entre los verdes tallos. El perro se fue muy enfadado porque había perdido la pista de la liebre. Y por fin la liebre pudo dormir.

Al cabo de un rato se levantó, enderezó sus orejas y miró a su alrededor. No se veía a nadie; el perro ya se había ido. Entonces decidió ir a lavarse. Se lavó la cara y las orejas, y se cepilló la piel con las plantas de los pies.

Por la mañana temprano se había bañado en la blanca arena junto al bosque; porque la liebre es muy limpia, nunca hay una mota de polvo sobre su piel. De repente, oyó ladrar a unos perros. Cada vez se acercaban más llegando casi hasta donde estaba ella. La liebre agachó sus orejas y de un gran salto salió de su lecho y se puso a correr rauda como el viento. Los perros la siguieron ladrando muy fuerte. La liebre corrió de un lado a otro, intentando desviarlos; después dio un gran salto, y se agazapó inmóvil sobre el suelo. Los perros pasaron de largo y se adentraron en el bosque.

La liebre pudo por fin descansar un poco y respirar de nuevo. Pero no por mucho tiempo, porque de repente se volvieron a oír los ladridos de los perros. La liebre miró y vio que los perros estaban persiguiendo a otra liebre en el campo de al lado. Esta liebre parecía estar muy cansada y los perros se le acercaban cada vez más y más. La liebre lo oyó y se acercó corriendo con todos los perros detrás de ella. Entonces la liebre se agazapó rápidamente en el escondite de la liebre y la liebre saltó y echó a correr con todos los perros detrás de ella. Los perros creyeron que era la misma liebre, porque no habían visto el cambio, pero la liebre descansaba tranquila.

La liebre volvió a correr de un lado a otro, tan rápido que pudo despistar a sus perseguidores y los perros volvieron a casa. De este modo vivió la liebre durante el verano y el otoño, durmiendo en cualquier sitio entre la hierba, en los campos, ayudando a las demás liebres a huir de los perros y los zorros, comiendo jugosos tallos y lavándose cada día.

Pero llegó el invierno, y los copos de nieve cubrieron el país con un gran manto blanco. La liebre se sentó en un campo donde había habido verdes tallos irguiéndose desde la oscura tierra, y se dejó cubrir por la nieve. Era maravilloso, nadie podía verla ni olerla, ya que la nieve había cubierto su cuerpo y su rastro. Al día siguiente brilló el sol y derritió un poco la nieve. Pero por la noche el frío heló la nieve que había derretido, y la liebre tuvo así un tejado de hielo sobre su blanco colchón de plumas.

De repente la liebre oyó algo. ¿Acaso alguien estaba caminando sobre el hielo y la nieve a través del campo?

¿Quizás el campesino o el cazador? Una bota grande y negra rompió súbitamente el tejado de hielo y casi pisó la cabeza de la liebre. El cazador se cayó. La liebre saltó y se fue corriendo, y antes de que el cazador pudiera levantarse, ya había ido muy lejos.

Entonces llegó la primavera. Los pájaros volvieron de sus refugios de calor, y el sol brillaba en el cielo. Se acercaba el tiempo de Pascua. En el jardín del campesino florecían plantas. Una mañana, la liebre se fue al jardín del campesino, donde ya había estado muchas veces. Se sentó bajo un arbusto y estuvo descansando de sus paseos nocturnos. El perro estaba en su casita y todo estaba absolutamente tranquilo, cuando se oyeron las risas y los gritos de los niños. Se metieron entre los arbustos, apartaron las ramas, miraron debajo de las hojas y de las flores. De vez en cuando gritaban alegremente:

¡Mirad!

La liebre vivía sobre la tierra desde hacía mucho tiempo y lo sabía:

- Los niños están encontrando los huevos de Pascua...

Pero entonces una niñita se acercó al arbusto donde estaba escondida la liebre. Estaba demasiado cerca. La liebre pensó que era mejor marcharse. Despacio y en silencio, se fue saltando a través del césped. Los niños lo vieron y gritaron:

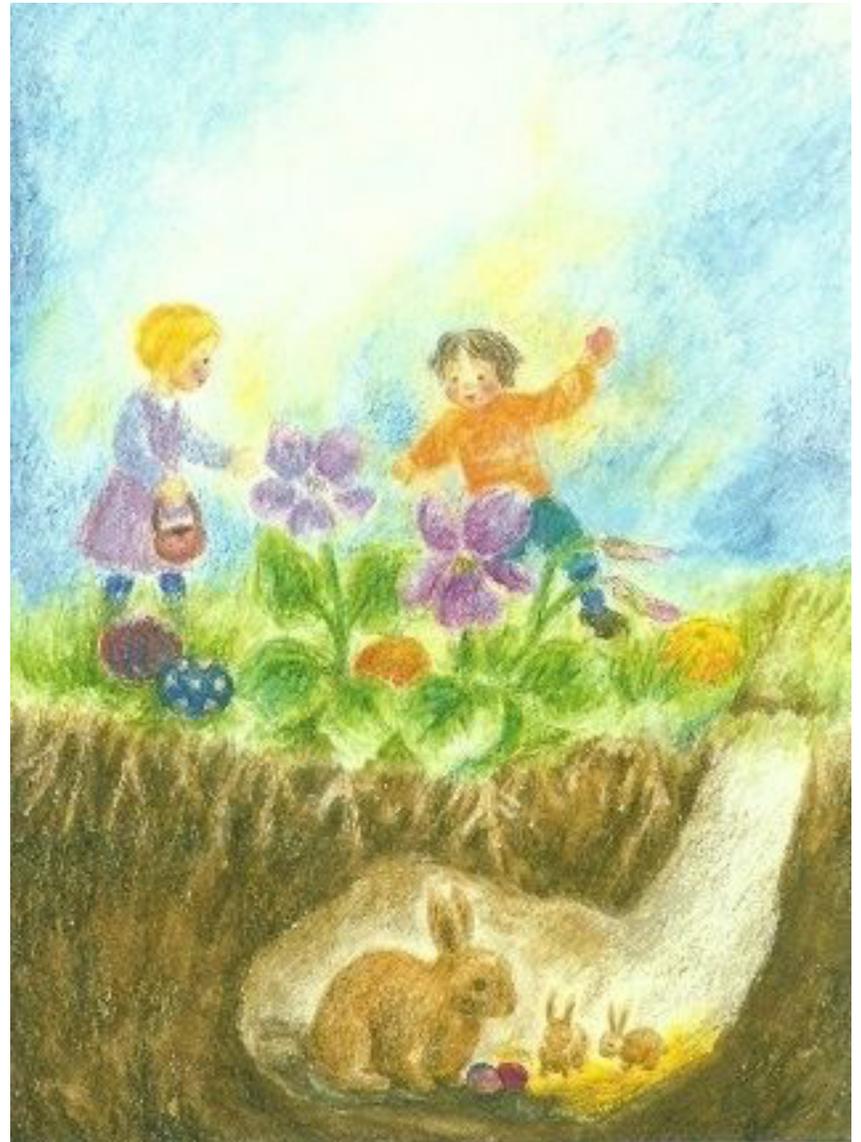
-¡Una liebre, papá, es la liebre de Pascua!

Muy contentos la siguieron con la mirada y cuando la liebre se hubo escurrido por debajo de la valla del jardín hacia los campos, los niños siguieron buscando los huevos de Pascua y los pusieron dentro de sus cestas.

La liebre saltó a través de los campos de tréboles, y de vez en cuando se paraba como para intentar recordar algo. En la pradera se encontró a su familia de liebres y los saludó, pero no se quedó con ellos por mucho tiempo. Siguió saltando un poco más allá y se encontró con una alondra que estaba haciendo su nido en la hierba y le dijo:

- Hoy es un día maravilloso. Los hombres piensan que sólo ellos saben algo de este día. ¡Si yo pudiera cantar! Por favor querida vecina, tú que tienes esa voz tan bonita, sube alto, muy alto, tan alto que llegues a ver las puertas del cielo, y canta una canción al más grande y más poderoso de los ángeles porque hoy es su día; canta un cántico de gratitud por nuestra vida y por el amanecer y por el verde campo en que vivimos.

Entonces la alondra subió por la escalera invisible hasta perderse de vista, y cantó la más hermosa canción al más grande de los seres, porque ese era su día. La liebre con su familia y los hijitos de la alondra lo oyeron muy bien, y los niños siguieron buscando los huevos de Pascua.



Si miráramos la tierra y a nosotros cada día, nos daríamos cuenta lo unidos que estamos, entenderíamos mejor el porqué de sus ciclos, de nuestros ciclos, de las estaciones del año y su importancia vital en nuestras vidas.

Cada invierno nos permite volver a nuestro interior, mirarnos, sentirnos, estar con uno, en casa, cada primavera nos invita a salir, y lo deseamos, queremos mirar y abrirnos al mundo que renace, cada verano crece más nuestro deseo de ver la tierra floreciendo y creciendo frente a nosotros, y cada otoño nos hace nuevamente sentir que debemos comenzar a retirarnos, queremos y necesitamos volver a nuestro núcleo .

Nuestros pensamientos, nuestra fuerza de voluntad, nuestras vivencia anímicas son profundamente influenciadas por el cambio de una estación a otra, las fiestas nos ayudan a ser más conscientes y apreciar su importancia vital.

En las fiestas abarcamos este ciclo del año, en cada crecer y decrecer de la vida reina una potencia anímica y espiritual que encuentra su expresión más clara en las fiestas, fiestas que para los niños son de importancia vital ya que con ellas comprenden y abarcan el recorrido de un año, sin las fiestas anuales el hombre perdería el sentido del ritmo y la tierra misma lo perdería y así se desvanecería su fuerza de respirar.

Comisión de festividades



Actividades para realizar en pascua de Resurrección y durante la estación de otoño:

Corona de pascua (osterkranz)

Ingredientes

500 g de harina
7 g de levadura en polvo
80 g de azúcar
200 ml de leche
100 g de mantequilla o margarina
2 huevos
1 pizca de sal
Cáscara de limón
Azúcar flor para decorar
Yema de un huevo



Preparación

Poner la harina en un recipiente.

Añadimos la levadura y la mezclamos bien con la harina con ayuda de un tenedor.

Añadir el azúcar, la sal, la cáscara de limón, los huevos, la leche tibia y la mantequilla o margarina derretida y lo amasamos.

Cubrimos el bol con un paño y lo ponemos en el horno durante unos 20-30 minutos hasta que la masa haya levado.

Mientras la masa crece, cubrimos una bandeja de horno con papel vegetal. Una vez la masa ha levado, con dos tercios de la masa formamos 4 tiras de masa del mismo tamaño, y entrelazándolas formamos una trenza de tres o cuatro partes, dándole forma circular. Con el otro tercio formamos una guirnalda entrelazando dos tiras de masa, dándole también la misma forma de círculo.

Ponemos la guirnalda encima de la corona y pintamos la superficie con yema y una cucharada de leche y finalmente le añadimos almendras laminadas o azúcar flor para decorar.

Colocamos la corona en la bandeja del horno y la metemos al horno previamente precalentado a 220° durante unos 30-40 minutos. Lo sacamos, lo dejamos enfriar y a disfrutarlo.



Decoración huevos de pascua:

1. Hacerle un orificio a un huevo de aproximadamente 1 cm de diametro por la parte inferior y esperar a que salga todo el contenido que tiene dentro.
2. Lavar y dejar secar.
4. Poner los huevos dentro de una panty y anudarla para que no se toquen unos con otros.
5. En una olla poner agua con tintes naturales como betarraga, cúrcuma o cascaras de cebolla. Sumergir los huevos y dejar reposar hasta que agarren el color deseado.
6. Colgarlos o ponerlos en sus mesas de estación para decorar.



Mesa de estación:

- Una hermosa manera de conectar con las estaciones del año es un rincón de casa, una mesa, o un estante donde mostramos una escena con elementos naturales propios de la estación actual. Estos elementos suelen ir acompañados de una figura representativa y telas de los colores apropiados a la estación.
- Una mesa de estación es una manera maravillosa de ayudar a los niños/as a apreciar el ritmo anual de la naturaleza.
- Un niño/a puede aprender mucho de una mesa de la naturaleza. Es una experiencia multisensorial que le permite ver, tocar y sobre todo sentir los elementos naturales.



Liebre de pascua:

El juego de los niños debe ser libre y espontáneo; partiendo de las necesidades intrínsecas del niño para poder desarrollarse correctamente.

Existen elementos que acompañan el juego como complemento en la experimentación y desarrollo tales como los materiales naturales, poco definidos que estimulan la imaginación (troncos, conchitas, semillas, piedras, etc) u otros que han sido procesados manualmente y nos ayudan a crear objetos, como son el vellón y el fieltro que utilizaremos para nuestra liebre de pascua.

Los materiales nobles nos entregan calor, olor, textura y por lo tanto distintas sensaciones y vivencias que el plástico no es capaz de entregar.



5. Coce las orejas y la cola con puntadas invisibles. Para la cola puedes utilizar un pedazo de vellón.

1. Imprime el patrón de la página siguiente y recorta las piezas necesarias para luego traspasarlas a la tela.



2. Parte cociendo las dos partes del cuerpo con la parte inferior de la liebre y luego procede con la cabeza



3. Utiliza el punto festón para unir todas las partes y deja un orificio en la parte trasera para rellenar la liebre.



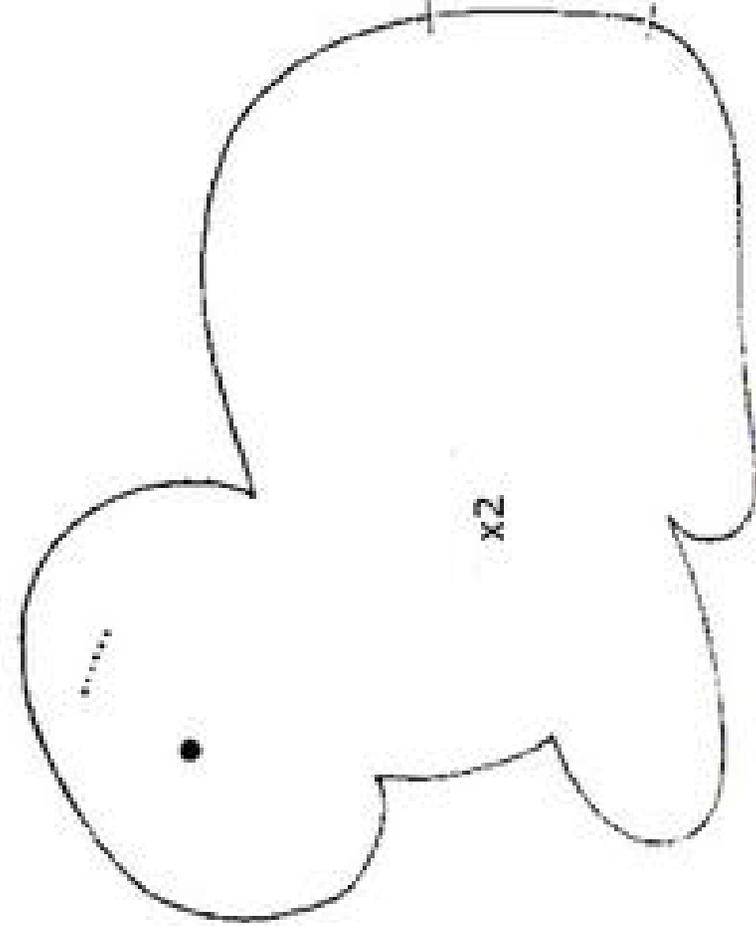
4. Rellena con vellón la liebre hasta que este lo suficientemente firme para poder posarla.



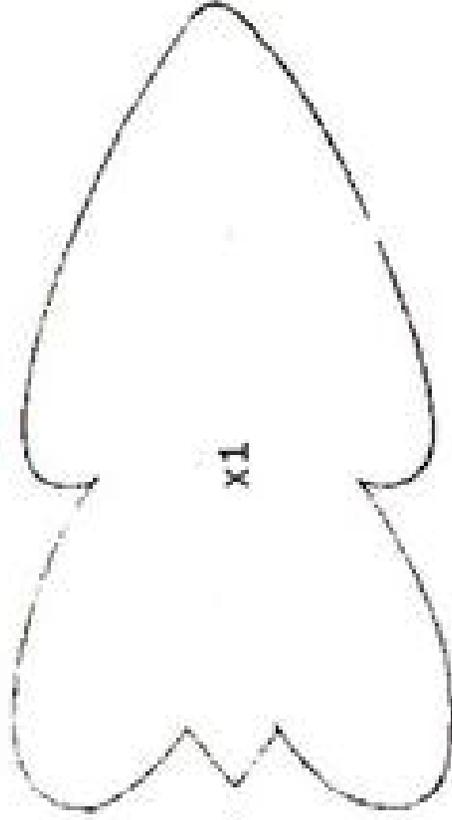


Oreja
x2

Apertura para
relleno

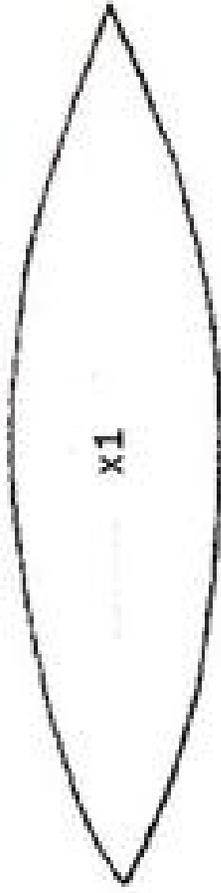


x2



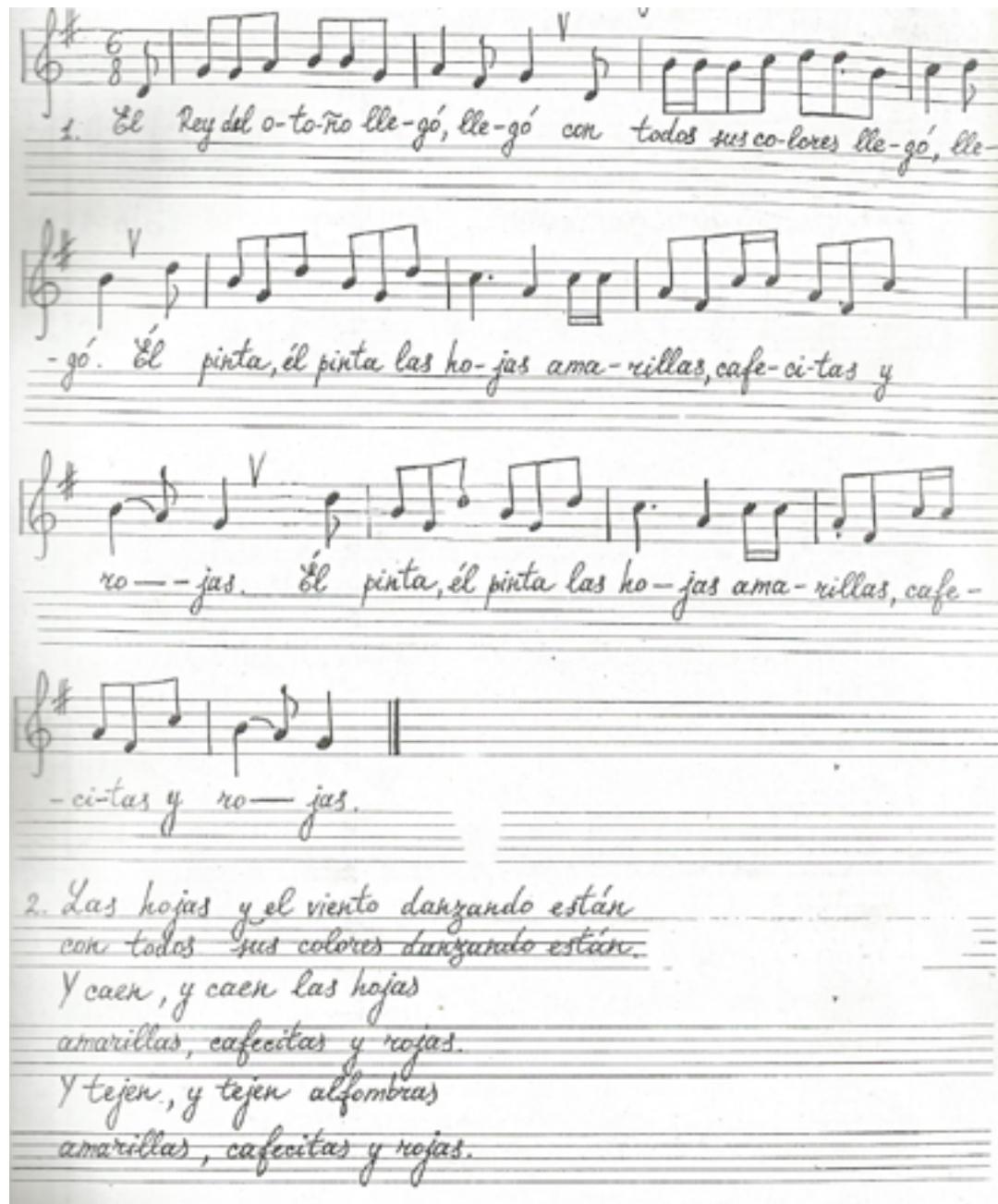
x1

delante



x1

Canción "El rey del otoño"



1. El Rey del o-to-ño lle-gó, lle-gó con todos sus co-lores lle-gó, lle-
-gó. Él pinta, él pinta las ho-jas ama-rillas, cafe-ci-tas y
ro--jas. Él pinta, él pinta las ho-jas ama-rillas, cafe-
-ci-tas y ro--jas.

2. Las hojas y el viento danzando están
con todos sus colores danzando están.
Y caen, y caen las hojas
amarillas, cafe-citas y rojas.
Y tejen, y tejen alfombras
amarillas, cafe-citas y rojas.

Presione el link adjunto para escuchar el ritmo de la canción.



Te invitamos a compartir esta ronda
para hacer crecer nuestra comunidad



“LA RONDA”
Escuela Waldorf Gabriela Mistral